Senda y Leyenda

Crónicas de

LA COMUNIDAD DEL BARDAL

Volumen 2: El Viento y la Libertad





Juan Carlos Udías

Índice

Capítulo 1: El susurro de la piedra (El Castro de las Rabas)

Capítulo 2: Los guardianes del abismo (Los Canecillos de Yermo)

Capítulo 3: Entre la niebla y el olvido (Quintanasolmo y sus sombras)

Capítulo 4: La torre que mira al mar (Montehano)

Capítulo 5: El aliento del gigante (El Habario y los castaños milenarios)

Capítulo 6: La capilla sumergida (Pozos de Valcaba)

Capítulo 7: El paso de los siglos (Santa Catalina de Cintul)

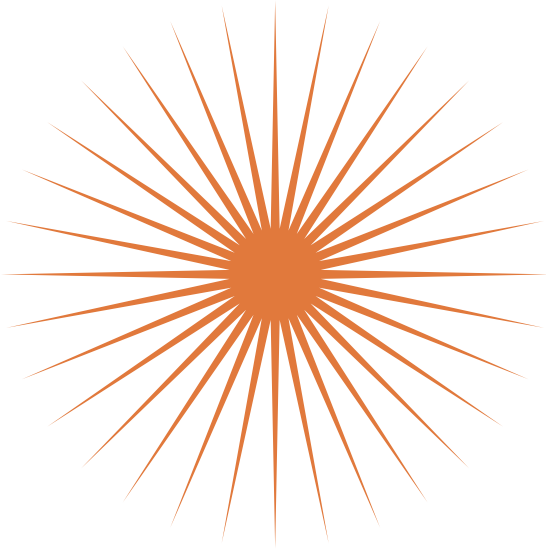
Capítulo 8: El secreto del desfiladero (La Hermida y el cauce del Deva)

Capítulo 9: El refugio de los vientos (Valderredible)

Capítulo 10: El Castillo sin batallas y la maldición de la Noche Eterna

Capítulo 11: El ritual de las aguas: Fontibre antes de los templos

Capítulo 12: El Secreto del Corral de los Moros



I El Castillo de Montehano:

Entre el Grijo y el Misterio.



Aparcamos el coche junto a la cantera y **La Comunidad del Bardal** inicia la ascensión a nuestro particular "Tourmalet". No es una caminata larga en metros, pero sus pendientes se encargan de poner las piernas a tono desde el primer minuto. Si a la inclinación le sumas un firme traicionero de grijo y barro, la progresión exige andar con pies de plomo si no queremos terminar con las posaderas decorando el suelo de Cantabria.

Allá por el siglo XIII, aprovechando una posición estratégica envidiable, Don Diego López de Haro II mandó levantar esta fortaleza. Hay que imaginarse el lugar en aquella época: Montehano era prácticamente una isla de difícil acceso, una atalaya natural erigida sobre la marisma desde la que nada ni nadie escapaba a su control.



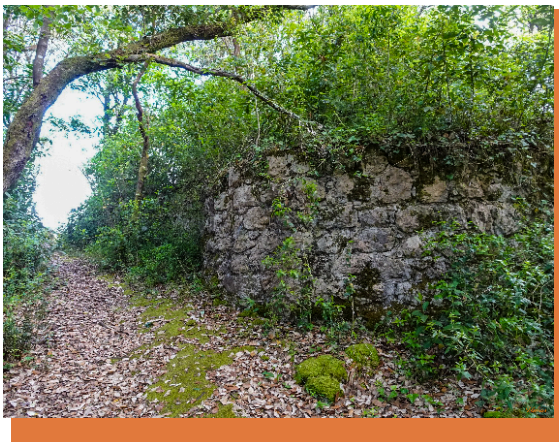
Mantenía yo la vista clavada en el barro para no resbalar cuando el Caballero de la Lobera, ajustándose la ropaje e incansable en su papel de veterano, empezó a refunfuñar a mi lado.

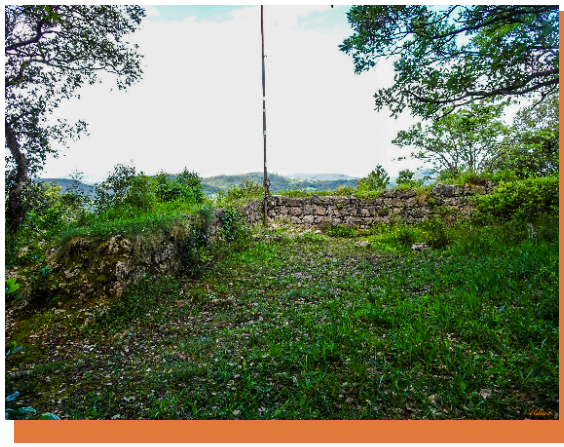
—¡Vaya tiempos estos! —exclamó, acariciando con parsimonia el pomo con cabeza de lobo de su espada—. Don Diego no buscaba aquí una residencia para el veraneo, sino el dominio absoluto del agua. En este peñasco, cuatro hombres bien

pertrechados valían por todo un ejército.

—Ya, pero con esta marea de barro ni el mejor corcel de Castilla subiría sin perder la dignidad —le espeté mientras acortaba el paso. El Caballero me miró de reojo, resopló y prosiguió la marcha en silencio.

En la parte baja nos recibieron nuestros habituales y poco queridos vecinos, los eucaliptos. Sin embargo, a medida que ganamos altura y el aire se volvía más denso, el paisaje dio un vuelco rotundo: la masa forestal cedió el paso a una alineación tupida de encinas, acebos y avellanos. Un bosque antiguo que parece conspirar en absoluto secreto para envolver de misterio nuestro destino.

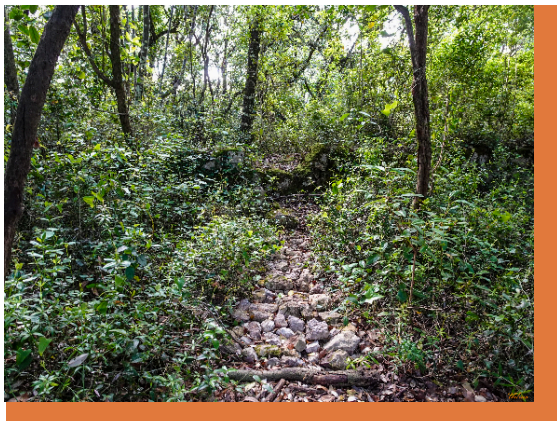


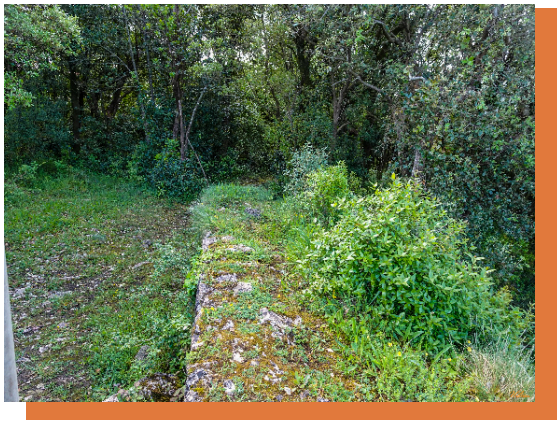


Al alcanzar la cumbre no hay que esperar almenas intactas ni puentes levadizos de cuento; solo resisten en pie algunos paños de muro, rastros de la cimentación y unas vistas a la marisma que quitan el aliento. Pero ahí es donde arranca la verdadera magia de las piedras. Son siglos de historia suspendidos en el aire. A poco que uno mantenga el oído atento entre el susurro de las hojas, casi se pueden adivinar caballeros a la caza de tesoros, magos recolectando muérdago en la bruma o monjes persiguiendo sombras para salvar el alma.

El propio folclore del monte habla de un señor de la guerra que, tras cometer un crimen atroz, buscó refugio en el recinto. Desesperado por redimir su culpa, dicen que excavó con sus propias manos un pasadizo subterráneo secreto por las entrañas

de la roca, para escuchar la misa del convento oculto a los ojos de los frailes. Los pescadores del lugar sostienen, además, que en las noches más cerradas se divisan luces extrañas entre los lienzos derrumbados. No son luces fatuas de la marisma; aseguran que son las almas de los soldados caídos durante el feroz ataque francés de





1638, condenados a montar guardia eternamente en una fortaleza que ya solo habita en el recuerdo.

Nos acercábamos a las rocas cubiertas de musgo cuando una sombra dio un brinco entre las encinas. Trasgo emergió de la nada, cruzado de brazos y con su habitual mueca de burla.

—¿Luces y soldados? ¡Bah! —soltó una carcajada seca—. Cuentos de viejas para asustar a los críos de Escalante.

—¿Tienes tú una explicación mejor? —le pregunté deteniéndome en seco.

—Si queréis ver algo realmente antiguo, algo que ni los franceses ni el paso de los siglos han podido mover, dejad de mirar al cielo —dijo señalando al suelo con su dedo curtido—. Fijaos en lo que duerme bajo el verde. Hay piedras ahí abajo que guardan más secretos que cualquier fantasma con armadura.

Dejando atrás los restos del castillo y siguiendo la indicación de Trasgo, a la derecha nos reclamó la atención un singular conjunto de bloques pétreos arropados por el musgo. Su disposición geométrica y sus contornos tienen un magnetismo difícil de explicar. Los árboles centenarios las han respetado cuidadosamente a su alrededor,

manteniéndose en pie como si alguien, hace miles de años, las hubiera colocado con un propósito que el tiempo terminó por borrar. Me quedé observándolas en silencio, sintiendo cómo el frío de la montaña subía por las botas, sin poder evitar hacerme las tres preguntas de siempre: ¿quién?, ¿cuándo?, ¿por qué?





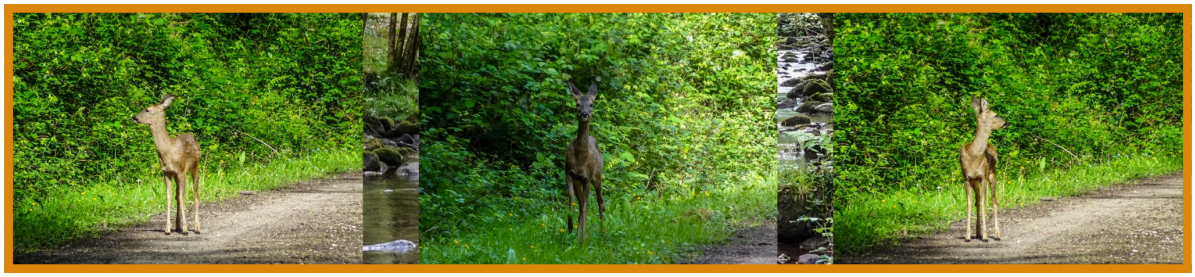




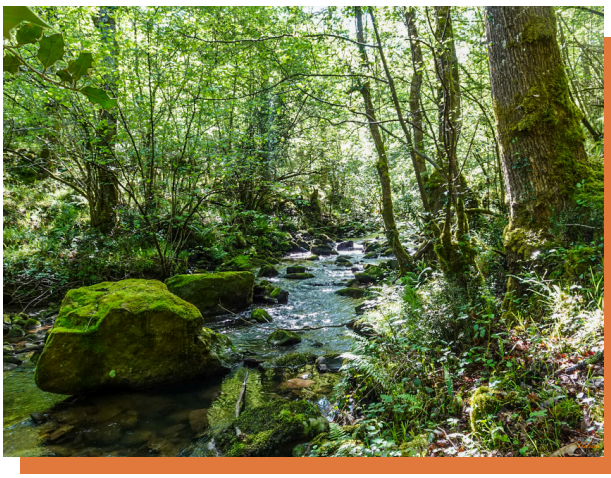
Montehano y su reflejo en la marisma desde el muelle del monasterio

II El Centinela del Erecia:

Agua de Vida y Miradas Antiguas



Hay lugares donde el tiempo no corre, simplemente se detiene. En cuanto uno se adentra en el cauce del Erecia, acaba de entrar en un mundo de puras sensaciones donde el sentido común dicta abandonar la pista cómoda para buscar las sendas vivas de la orilla. En cuanto veáis una entrada clara al agua, usadla sin miedo; el río no muerde, aunque a algunos les espante el barro.

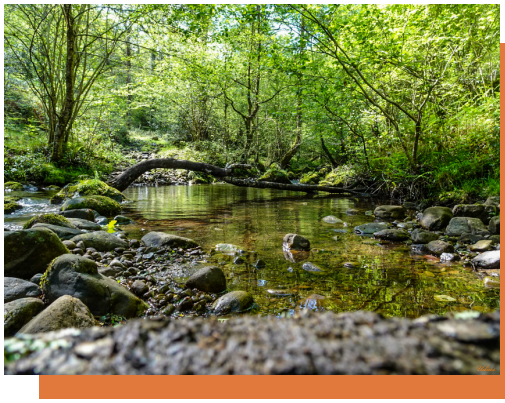


—¡El camino es para los que tienen las rodillas oxidadas y la mente cuadrada! —gritó el Trasgo, pegando un salto acrobático sobre una piedra resbaladiza que nos salpicó a todos de agua fresca—. ¡Aquí manda mi corona de espuma y el que quiera asfalto que se vuelva a la autovía!

—¡Va de retro, criatura del demonio! —saltó al instante la Beata desde la orilla seca, levantándose la falda con aprensión y santiguándose tres veces seguidas mientras apretaba el paso hacia Cotillo—. ¡Límpiate esa boca! Una pared torcida en San Andrés ya es bastante desorden para mis ojos como para encima ver cómo un bicho con gorro rojo nos despeña a todos. ¡Dios puso los puentes para algo, no para andar haciendo el cabra entre los pedruscos!

—Déjala que rece, Trasgo —intervine yo, recolocándome la mochila y mirando de

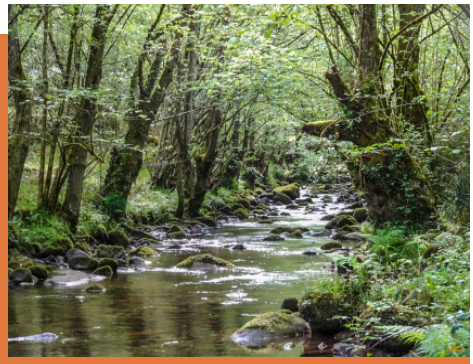
reojo los baches de barro que nos esperaban más adelante—. Que como se resbale y meta el pie hasta el tobillo, el primer milagro de San Andrés va a ser desatascarle la bota.



El Trasgo le soltó una peineta de musgo a la buena mujer mientras el Caballero de la Lobera, ajustándose el tahalí con la calma de quien ha cruzado mil ríos con la armadura a cuestas, esbozó una sonrisa socarrona.

—No le hagas caso, Trasgo. No es el barro lo que la asusta a la buena mujer, es que el Erecia no entiende de confesionarios —sentenció el veterano, clavando la vista en el fondo cristalino de la poza—. Este río no espía pecados, que eso es vicio de humanos aburridos; el agua pura solo disuelve errores. Los propios, que son muchos... y los forzados, que son los que de verdad duelen.

—¡Hablad, hablad, que la lengua no os pesa en la mochila! —retumbó de pronto un crujido denso sobre nuestras cabezas.



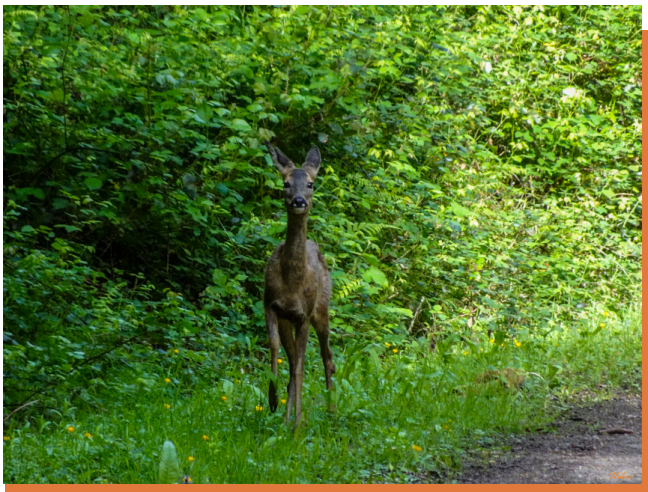
Era el viejo Castaño de Rioz, que sacudía sus ramas altas haciendo piña con los fresnos y los acebos de la ribera.

—El Erecia lleva siglos limando la piedra dura para llegar al Besaya —añadió el gigante verde con un murmullo de hojas secas—, y vuestras lenguas se las habrá llevado la corriente mucho antes de que a mí se me caiga la primera hoja.

En este rincón de Cantabria la fuerza del agua se mezcla con una vegetación tan tupida que resulta pura caricia. Es el reino de la calma; un compás tranquilo donde no existen los relojes. Apenas empezábamos a remontar el río hacia el monte Canales,

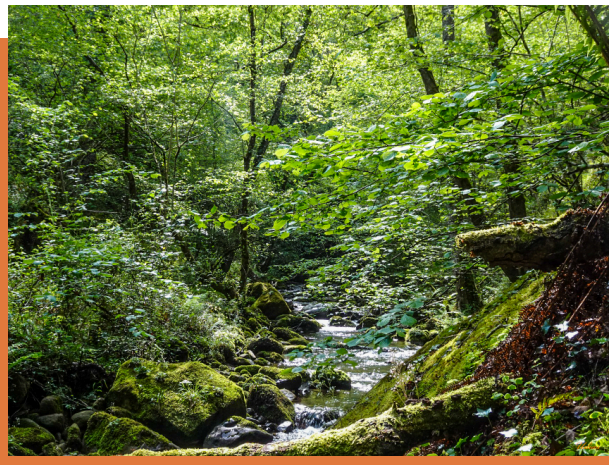
cuando el tiempo, sencillamente, saltó por los aires.

No fue un chasquido de ramas lo que nos frenó. Fue un impacto seco: nos dimos de bruces con su mirada.



Esa mirada fija, profunda, cargada de una inteligencia ancestral que no necesita de palabras para hacerse entender. En ese preciso instante, el bosque entero se quedó mudo. Ni una sola broma del Trasgo, ni un rezongo de la Beata, ni un comentario socarrón. Todos —los de carne y hueso y los de leyenda— guardamos un silencio de piedra, entendiendo que hay presencias que exigen un respeto sagrado.

Allí estaba él. Un porte altivo, una postura firme y un andar fino, casi etéreo sobre el musgo. Salió de la espesura no por un descuido, sino para ejercer de auténtico anfitrión... o de aduanero del monte. Con una plasticidad y una tranquilidad pasmosa al moverse, nos examinó de arriba abajo, leyéndonos las intenciones directamente en los ojos.



El mensaje quedó cristalino sin emitir un solo sonido: estábamos en su casa. El Erecia es su feudo y, aunque nos permitía el paso, nos advertía de que, como buen Centinela, seguiría atento desde la sombra.

Fue un encuentro breve, apenas el tiempo justo para sostener la respiración y hacer volar cinco disparos rápidos de cámara antes de que decidiera que ya nos había dicho suficiente. Con la misma

elegancia majestuosa con la que apareció, dio media vuelta y regresó a la fronda, dejándonos a todos con la certeza rotunda de haber sido evaluados y validados por el propio monte.

Hay bellezas que solo se admiran y que jamás se deben dañar. Solo por esos segundos de conexión frente a frente con el venado, ya mereció la pena cada gota de lluvia sobre el Erecia. Hoy el silencio le pertenece a él.







III Santa María de Yermo

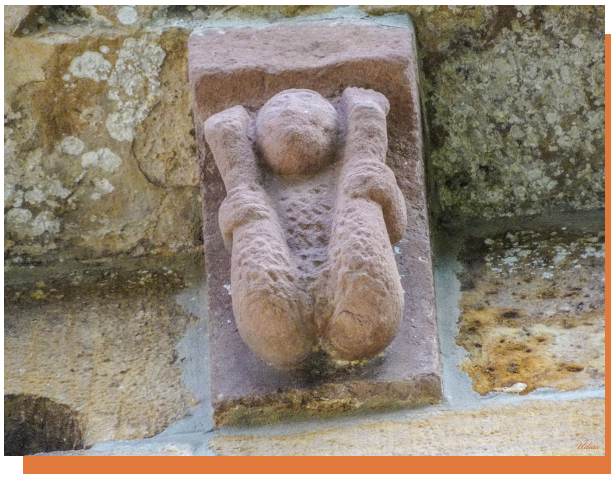
La hermana pícara de Cervatos



Aquí no hay lugar para la duda ni para el "me dijeron": en Yermo se lee alto y claro en la piedra que un tal Pedro Quintana la mandó levantar en el año 1203. Y el tío, que no era tonto, dejó escrito en el mismo dintel que, si entras, te toca rezar un Padrenuestro por su alma. El amigo Pedro quería asegurarse el perdón eterno por escrito, por si acaso allá arriba tenían mala memoria.

Si Cervatos es la catedral del románico erótico, Yermo es la boutique del refinamiento. Las figuras son más detalladas, más sofisticadas... como si el artista hubiera dicho: "Si vamos a pecar, que sea con estilo".

—¡Mirad este canecillo! —chilló el Trasgo, encaramándose a la jamba de la portada y señalando con un palo hacia el alero—. ¡Ese cantero no estaba esculpiendo la fe, estaba rodando una película de dos rombos! ¡Vaya contorsionismo!



—¡Apártate de ahí, criatura pagana! —saltó al instante la Beata, tapándose los ojos con el rosario pero mirando de reojo por entre los dedos—. ¡Ay, Señor! Mucho mirar y remirar las desvergüenzas de la piedra, pero no veo yo a nadie rezando

el Padrenuestro que pidió el pobre Pedro. ¡Sois unos descastaos!

—Déjale a Pedro el Padrenuestro para luego, mujer —intervine yo, ajustando el zoom de la cámara hacia el tímpano central—. Que el tal Quintana bastante tuvo con apañárselas contra el dragón.



El Caballero de la Lobera, que hasta entonces observaba la talla en silencio rascándose la barba, dejó escapar una risotada seca apoyado en su espadón con pomo de Cabeza de Lobo.

—¡Voto a bríos con el tal Quintana! —exclamó—. No solo levanta un templo de piedra noble, compañero, sino que nos obliga a rezar por sus andanzas mientras nos distrae con semejantes escenas de alcoba grabadas en los muros. ¡Eso es estrategia militar y lo demás son cuentos!



—¡Estrategia dice! —rezongó la Beata santiguándose tres veces—. ¡Porquerías del demonio es lo que es! Mirad menos los bichos y el arquero, y más al cielo, que el Trasgo ya os tiene el sentido perdío entre arroyos, pinos y pornografía de cantero.

—¿Pornografía? ¡Arte sacro con alegría, Doña Virtudes! —le soltó Trasgo haciéndole una mueca descarada desde la espadaña—. Se cree que aquí hubo un monasterio dúplice allá por el siglo IX... Monjes y monjas bajo el mismo techo. ¡Anda que no se lo pasarían bien con la excusa de los cánticos!

—¡Va de retro! ¡Que te va a caer un rayo en ese gorro rojo! —chilló la mujer

apretando el paso hacia la sacristía del siglo XVIII.

Es una auténtica galería de arte: músicos dándole al rabel, aves que parecen vigilarte, animales fantásticos y, por supuesto, esa colección de coitos y el famoso arquero.





No se sabe si era un catecismo medieval del "ojo con lo que haces" o, sencillamente, la libertad absoluta de un cantero mandando las normas a paseo.

Pero el plato fuerte es el Caballero contra el Dragón del tímpano. Es de lo más potente de Cantabria. Aunque lo llamen San Jorge, tiene toda la pinta de ser el propio Pedro Quintana pegándose con sus demonios... o el Caballero de la Lobera pidiendo turno para entrar en batalla. La talla es tan fina que parece que el jinete va a saltar del muro en cualquier momento.









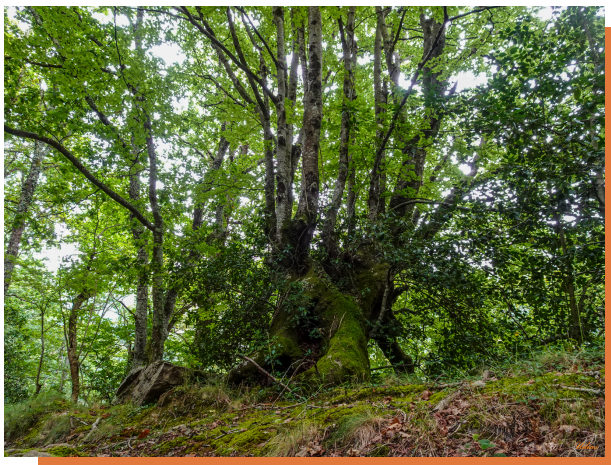
IV El Camino de la Varga

y el Secreto del Santuco



La subida a la Peña Colsa no es un simple paseo por el monte: es una travesía por las entrañas del Parque Natural del Saja donde el tiempo se vuelve denso y la piedra habla. Salimos del Pontarrón de Saja con el barro pegado a las suelas y encaramos el camino hacia el cementerio, allí donde el hayedo antiguo nos abre las puertas con una bienvenida húmeda, tupida y misteriosa.

Apenas comenzamos a remontar la pendiente, la masa forestal se vuelve monumental. Aparecen ejemplares de hayas centenarias con ramas que se retuercen como brazos en busca de luz y raíces gigantescas vestidas con perfectos zapatos de musgo verde.



—¿Te das cuenta, renacuajo? —retumbó la voz profunda y crujiente del Castaño de Rioz, haciendo vibrar sus ramas con orgullo desde la distancia—. Esas hayas de la Varga son casi tan viejas como mis propias raíces. Miras sus formas y ves el tiempo esculpido en la madera.

—¡Bah, puro postureo vegetal! —saltó el Trasgo, apareciendo de un brinco sobre un peñasco cubierto de liquen—. A mí lo que me pide el cuerpo es el duende de estas losas... ¡Casi puedo oír el jaleo de los carros de los foramontanos!

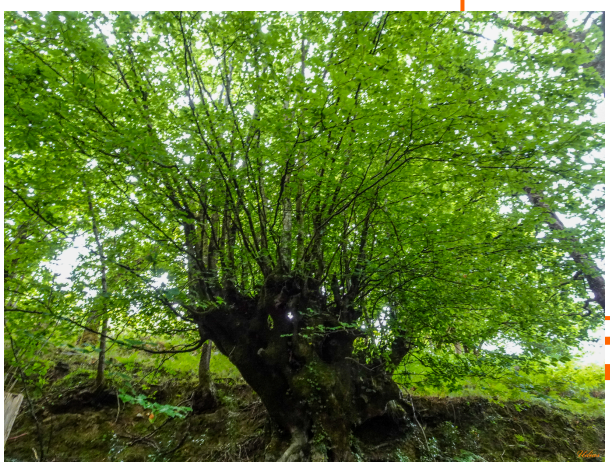
Y no le faltaba razón al bicho. Pisar este firme de piedra cuidadosamente encajado es un privilegio. En los siglos IX y X, esta fue la gran arteria por la que los pobladores subían el ganado a las brañas altas y transportaban mercancías hacia Castilla. Si uno guarda un segundo de silencio entre la bruma, casi se escucha el chirriar de las ruedas de madera, las varas marcando el paso y el chasquido de las pezuñas de los bueyes sobre la calzada medieval.





A medio camino, el bosque se abre para cobijar dos recintos circulares de piedra arropados por un haya majestuosa. Antaño fueron corrales de paso o sertales, indispensables para dar un respiro a las reses antes de encarar el tramo duro.

—Sé perfectamente lo que es marchar con hombres vestidos de hierro y cuero —apuntó el Caballero de la Lobera, rascándose la barba mientras observaba las ruinas del muro—, pero adentrarse en este hayedo a oscuras o empujando ganado con la noche encima... eso requiere el valor de un guerrero auténtico.





—O la astucia de un mago —murmuró de pronto una brisa juguetona que trajo consigo un aroma a hojarasca y a misterio ancestral.

Porque este camino guarda un secreto aún más antiguo. Cuentan los relatos del valle que dos mil años atrás, el Hieróscopo Ambato, sacerdote y lector de augurios en Udías, tiró sus runas al fuego. Vaticinó la llegada de los hombres de metal —los romanos— y guio a los suyos hasta la Peña Colsa. En la soledad de este bosque erigieron un menhir para danzar bajo la luna.

Diez siglos más tarde, cuando el camino se convirtió en ruta caminera, la fe cristiana solapó la vieja magia. En las noches cerradas de tormenta, los vecinos de Saja y Colsa veían pequeñas luces flotantes que se movían entre la arboleda. No las juzgaban malignas: creían firmemente que eran las Ánimas del Purgatorio, candilas errantes que guiaban a los viajeros perdidos para evitar que se despeñasen por el barranco de la Varga.

En agradecimiento, los paisanos erigieron una cruz de piedra sobre el mismo lugar del antiguo menhir de Ambato. Pero el viento y la rabia de la lluvia del norte apagaban las velas que dejaban los devotos.

—¡Por eso mismo levantaron la bendita capilla! —intervino la Beata, ajustándose el pañuelo y mirando con devoción la pequeña estructura de piedra con portilla de madera que se erguía a la izquierda del sendero—. El Santuco del Santo Cristo no es un capricho; es la prueba de que cuando los pueblos se unen, son capaces de levantar muros que protegen hasta del mismísimo Purgatorio.

—Y un refugio fetén si te agarra la oscura noche, Doña Virtudes —le soltó Trasgo



haciéndole un guiño—. Dicen que si escuchas la procesión de las almas rezando entre la niebla, metes la cabeza en el zaguán del Santuco y las ánimas pasan de largo sin tocarte un pelo.

—¡Dios nos libre de tus burlas, demonio de gorro rojo! —rezongó la mujer santiguándose apresuradamente mientras se acercaba a mirar el enrejado de madera.





Rematamos los últimos metros de ascensión con el recuerdo imborrable de mi fiel Arastadar marcando el paso. Hoy, ya mayor y caminando en un eclipse eterno tras haber perdido la vista, no nos sigue con las patas, pero nos acompaña bien dentro del corazón en cada sendero. Nos hemos recorrido Cantabria de cabo a rabo juntos y su espíritu sigue trotando en cabeza, oliendo la humedad del bosque y disfrutando del frescor de la Varga.

Coronamos la Peña Colsa junto al monumento dedicado a Epifanio Sánchez Balbás, el mítico guardabosques que entregó su vida a la custodia de estas montañas.

Pocos lugares en Cantabria condensan tanta belleza, tanta piedra caminada y tanto respeto sagrado en tan pocos kilómetros. Cumplida la parada obligada en el Santuco, rendimos tributo en silencio, no sea que los dioses, antiguos y nuevos, se nos enfaden. Al fin y al cabo, todas las creencias que han buscado amparo bajo estas hayas merecen la misma consideración. Dejamos atrás la Varga con la certeza de que, aquí arriba, la historia y la leyenda nunca llegaron a despedirse.

Aragonte y el Diapiro de Erillo:

Piedra de Leyenda y Tierra que Sangra



Corría el convulso año 908 cuando Aragonte realizó su último viaje camino de su lecho de lajas en lo alto del acantilado, buscando un descanso eterno con vistas directas al Cantábrico. A sus poco más de veinte años, esta muchacha era el alma de aquel poblado altomedieval: todos la llamaban Aldonza por su dulzura, siempre dispuesta a echar una mano a los vecinos y a los cansados caminantes con una sonrisa.



De pronto, saltó la alarma en la linde del mar. Las velas oscuras de un drakkar nórdico recortaron el horizonte y la amenaza fondeó bajo la playa de San Julián. La subida desde la arena hasta el poblado era tan endiabladamente pindia que los locales tuvieron tiempo de reaccionar, haciendo rodar grandes troncos y rocas ladera abajo bajo la imponente y atenta mirada del Monte Candina.

Pero los feroces guerreros del norte, armados con pesadas hachas danesas y espadas de duro hierro, lograron romper la línea de defensa a sangre y fuego. En mitad del caos y el humo, Aragonte corrió descalza para auxiliar a los heridos. Fue entonces cuando el acero enemigo se cruzó en su camino, enviándola directa al monte de las ánimas.

Ya en la necrópolis, antes de sellar la losa de piedra, un hombre joven se arrodilló en secreto y, desafiando el dogma de la Iglesia, depositó cerca de su cráneo una hermosa fíbula en omega de bronce, el broche que un día unió sus promesas.



Al detenernos ante las ruinas consolidadas de San Julián en Liendo, levantadas entre los siglos XII y XIII, la piedra nos habla sin necesidad de preguntar. Aquí no trabajaron grandes maestros de obra; se adivinan las manos del propio pueblo levantando los muros con lo que tenían a mano para acoger a los peregrinos de la vieja ruta costera y a los arrieros del valle.



—¡Ay, Jesús, María y José! —exclamó la Beata, persignándose tres veces seguidas ante las tumbas antropomorfas esculpidas en la roca—. Enterrar a los cristianos en este acantilado con la costera que sopla es una temeridad; ¡con tanto viento se les va a constipar el alma antes de llegar al purgatorio!

—No os equivoquéis, buena mujer —la cortó con voz de trueno el Caballero de la

Lobera, apoyando las manos en el pomo con cabeza de lobo de su espadón mientras clavaba la vista en el horizonte marino—. No hay mejor mortaja para una estirpe noble que la roca viva de cara al enemigo y con el rugido del Cantábrico guardando el sueño. Estas piedras huelen a hierro y a honor, no a reuma.

—¡Mucho honor y mucho drakkar! —saltó el Trasgo, apareciendo de un brinco encaramado a uno de los muros derruidos—. Pero yo si fuera el de la fíbula, habría dejado dentro del hoyo también un buen jarro de orujo para el viaje, que la mar da mucha sed.

—¡Calla, criatura pagana! —rezongó la mujer santiguándose apresuradamente—. ¡Dejad en paz a las pobres ánimas de la aldea!



Las fosas de lajas y los restos de ceniza bajo el suelo confirman que la iglesia no estaba sola: allí arriba existió un poblado entero del que hoy solo quedan sutiles arrugas sobre los prados. Pero los paisanos del valle van más allá y cuentan que la sangre derramada por Aragonte no se quedó en la necrópolis: se filtró por las entrañas del acantilado y pintó de rojo la cala de San Julián.

Al bajar hacia los acantilados de Erillo, la ciencia termina dándole la razón a la leyenda. Esos tonos rojo sangre que salpican las calcitas y los yesos son bien reales. No es magia, es el Diapiro de Liendo, un auténtico "volcán" subterráneo de sal formado hace 235 millones de años que perforó la roca



hacia arriba como un pistón, arrastrando esos minerales rojizos desde lo más profundo del planeta hasta la superficie.

—Esos tonos encarnados no son solo hierro —me murmuró al oído el viejo Castaño de Rioz, agitando sus hojas con un crujido denso que olía a tierra húmeda y sal—. Es la memoria del mundo que sube desde el abismo. Los buitres que anidan en los desplomes de Candina me cuentan que los hombres creéis haber descubierto la mina, pero solo estáis arañando la piel de un monstruo dormido que respira sal.

Y razón no le falta al viejo gigante. La aventura de la mina de yeso duró poco: era tan costoso y peligroso extraer el material de estos acantilados batidos por el oleaje que a finales de los años sesenta se abandonó todo. Hoy yacen devorados por la maleza los barracones de los obreros, los restos de los hornos y esa mastodóntica grúa metálica que desafía al vacío sobre la cala, recordando los tiempos en que los mineros arrancaban el mineral de las entrañas de la roca.

Tan impresionante como la estampa del Monte Buciero y la bahía de Laredo es la guardia real que custodia el viejo cargadero. Una impresionante bandada de buitres leonados planea en círculos sobre nuestras cabezas aprovechando las térmicas del precipicio. Parecen advertir al caminante de que respete el descanso de las almas de los antiguos mineros; aquellos que acabaron sus días tragados por las olas o cortados por los cuchillos de piedra allá abajo.



Nos despedimos del cargadero montándonos idealmente en las alas de estos reyes del viento, dejando que la brisa del Cantábrico nos devuelva sin prisa al fondo del valle.

VI Julióbriga y Santa María:

Piedra de Leyenda y Tierra que Sangra



Teudesinda camina hoy con la Comunidad del Bardal, pero sus pies no pisan solo tierra campurriana; pisan las ambiciones de un Imperio. Imagina el momento en el que el propio Augusto, con el polvo de las Guerras Cántabras aún metido en las sandalias, decidió que la mejor forma de vencer a estas gentes no era la espada, sino la costumbre. En el año 15 a.C., mandó a la Legión IV Macedónica levantar una joya urbana en un alto estratégico: Ivliobriga.

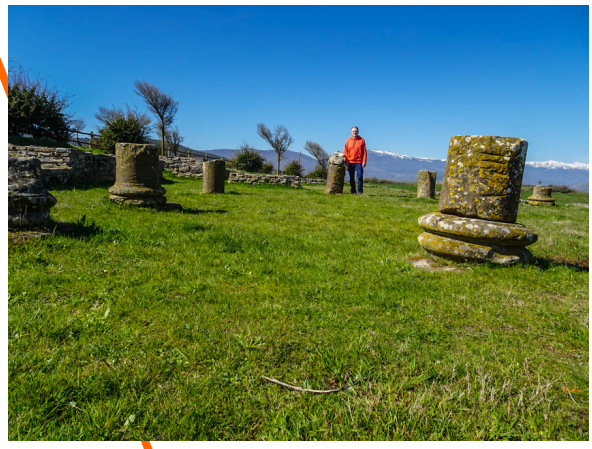


Era una ciudad trazada con trampa. Se mostraba abierta, sin murallas, casi vulnerable, como quien invita a un vecino a casa para que olvide antiguas rencillas. Pero el César no era ningún iluso: pobló las calles con sus emeriti, veteranos con veinte años de cicatrices que ahora vestían túnicas civiles pero mantenían la mirada de hierro. Y por si la paz fallaba, los estandartes legionarios aguardaban en Pisoraca, a apenas dos jornadas de marcha.

—Sé muy bien lo que es borrar ciudades enteras a sangre y fuego en el Levante —susurró el Caballero de la Lobera con su voz de trueno, pasando los dedos con melancolía por el pomo de cabeza de lobo de su espadón mientras contemplaba los cimientos del foro—. A veces la armadura pesa menos que la memoria de las murallas que vimos caer. Quizá hubiera sido más digno dejar que el tiempo hiciese su trabajo en paz.

—¡Digno dice! —saltó de pronto el Trasgo, aunque hoy no llevaba su chispa habitual—. ¡Aquellos romanos sabían empinar el codo! Todavía me parece oír el jaleo en las tabernas y el mercadeo de trigo entre los soportales... Aunque hoy se me aprieta el gaznate.





Con la caída de Roma, Julióbriga no murió; simplemente se echó a dormir el sueño del olvido y se transformó en una cantera de memorias. Sus sillares labrados terminaron sosteniendo pesebres, cerrando fincas y refrescando bebederos de pueblos que ya ni recordaban a César. El vacío dura poco en estas tierras y, entre los siglos VIII y X, el antiguo foro romano mutó en un silencioso cementerio visigodo.

Sobre las cenizas de la vieja plaza pública brotó primero una humilde ermita y, finalmente en el siglo XII, la "Reina": la joya románica de Santa María de Retortillo que hoy domina el alto. La transición de la piedra pagana a la sagrada fue total.

—¡Ay, San Severino bendito! —exclamó la Beata, encorvada sobre las lajas de piedra del suelo mientras urgaba entre la maleza con la mirada fija en las sombras de la necrópolis—. Se dice que por aquí durmió la noble Teudesinda con todas sus alhajas.

No es por codicia, San Pedro me valga, pero esas joyas lucirían en el manto de la Virgen como si fuera una verdadera emperatriz.

—Dejad en paz los huesos de la visigoda, Doña Virtudes —la atajé yo, encuadrando con la cámara la monumental espadaña románica—. Bastante trabajo tuvo la pobre con descansar entre sillares romanos como para que le andemos desarmando el ajuar.





Lo primero que asalta la vista al acercarse al templo es esa espadaña magnífica, con una escalera de piedra descubierta que parece invitar a subir directamente al cielo. Pero la verdadera magia exige detenerse en los detalles pequeños. A la izquierda de la portada, incrustado en el muro como un tesoro rescatado, brilla un relieve medieval donde dos grifos custodian el Árbol de la Vida bajo una cenefa de círculos entrelazados que giran en un bucle infinito.



Sin embargo, a medida que la tarde caía, el Trasgo caminaba con pies de plomo, guardando una distancia prudencial de los muros.

—¿Qué te pasa, bicho? —le pregunté al verle tan circunspecto—. Rarísimo es verte sin ganas de guasa.

—Es que caminar de noche alrededor de esta iglesia es como pisar las almas, Juan Carlos —confesó con un verdadero escalofrío, apretándose el gorro rojo contra las orejas—. Las tumbas de lajas están tan apretadas, tan cosidas al suelo de la nave y del recinto, que es imposible dar un paso sin pisar a los que nos precedieron. Da escalofríos.

Y no le faltaba razón al duende. En Santa María de Retortillo se tiene la extraña certeza de que el tiempo no transcurre ni se va con el viento del Oeste; simplemente se acumula, capa sobre capa, bajo las suelas de nuestros zapatos. Nos despedimos de Julióbriga sabiendo que, bajo la nieve de Campoo o bajo el sol de verano, la piedra romana y el templo románico siguen compartiendo la misma memoria.





Teudesinda camina de la mano del tiempo, allí donde el viento aún recuerda sus sueños.

VII

El robledal de Udías:

donde la luna sangró memoria



Listos y dispuestos estábamos para seguir con el plan original. Tras admirar el rompecabezas arquitectónico del Santuario de la Virgen de la Caridad, en Udías, nuestra brújula apuntaba hacia el valle de Cieza y el río Bayones. Pero el Trasgo, con esa caruca de no haber roto un plato en su vida, se nos plantó delante.



—Venir conmigo, andar... —susurró entre risas y cabriolas—. Hay unas piedras caídas detrás de aquellos árboles que seguro que os interesa ver.

Dejándonos llevar por sus artimañas, nos condujo hasta las orillas del arroyo de la Virgen. Cruzamos el cauce por un inverosímil puente flotante, tejido por las nudosas raíces de un anciano roble. ¡Y sorpresa! Allí no había piedra caída alguna. El duendecillo nos la había jugado de nuevo, pero a cambio nos regaló la entrada a un bosque majestuoso, un santuario vegetal donde la luz del atardecer se filtraba en haces dorados entre las copas de los robles centenarios, salpicando praderas de pasto y claros en barbecho donde el musgo alfombraba la humedad del suelo.

Nada más cruzar ese arco de raíces, el tiempo empezó a correr hacia atrás. El aire se volvió más denso, cargado de aroma a hojarasca húmeda y corteza vieja. Sin darnos cuenta, nos estrellamos de bruces en medio de una atmósfera sagrada. Cuando la tarde declina y se dora el "Sol de los Muertos", es imposible no sentir el eco vibrante de los antiguos cántabros.

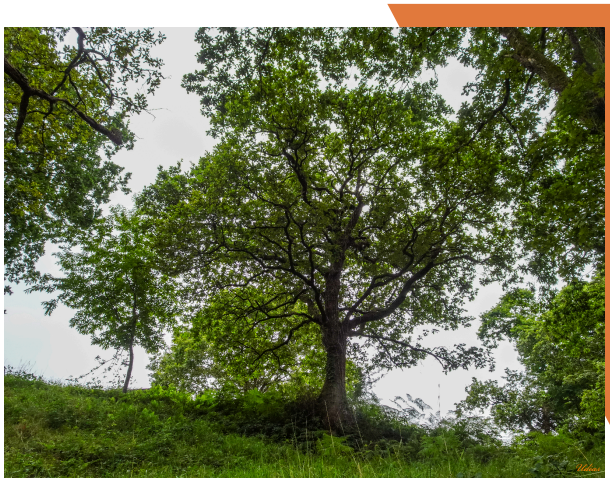


En un claro oculto, una figura imponente se alzaba en torno al fuego. Era el Hieróscopo Ambato, el gran sacerdote de la Naturaleza. Vestía túnica negra prendida al hombro por una fíbula de bronce con la fiera cabeza del oso pardo. En su cuello refulgía un grueso torques, reliquia sagrada de su estirpe, y en su mano diestra sostenía un puñal de antenas de hierro bruñido, retorcidas hacia el cielo y una hoja corta de hierro, bruñida y peligrosamente afilada.

El cielo de Cantabria comenzó a teñirse de un tono violáceo hasta que la luna llena surgió teñida de un rojo profundo, de sangre y fuego. Un fenómeno que se repite rara vez y que encendía la noche para dejar ver las sombras del pasado, del presente y del futuro.



—La luna sangra sobre el robledal —murmuró el Caballero de la Lobera, aferrando la empuñadura con cabeza de Lobo de su espadón y cuadrando los hombros en señal de respeto—. He visto este mismo fulgor sobre los campos de batalla del Levante, pero aquí no hay rabia; hay presagio.



—No es presagio de acero, Caballero —resonó la voz profunda y cavernosa del Castaño de Rioz, agitando sus hojas con un murmullo denso que parecía brotar de la mismísima tierra—. Es la piel del cielo que se quiebra para que los hombres recuerden quién manda. La corteza del roble siente el frío de los milenios, y esta noche las raíces beben directamente de la memoria.

En el centro del círculo, iluminado apenas por el parpadeo de las brasas, Ambato vertía libaciones de cerveza de cebada sobre la tierra pura. Los guerreros de su clan guardaban un silencio sepulcral, conteniendo el aliento mientras el sacerdote buscaba en la luna roja el destino de su pueblo ante los hombres de hierro que avanzaban desde el sur. En la mirada del adivino se leía la certeza amarga: su estirpe centenaria tocaba a su fin.



—Silencio —susurré, encuadrando con la cámara aquel fulgor carmesí sobre el follaje—. Es el Dios sin Nombre. No le pongáis palabra.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué hacéis ahí pasmados mirando a las musarañas con la boca abierta? —la voz cortante de la Beata rompió el hechizo como un jarro de agua fría—. ¡Mucho rito, mucho druida y mucha luna encarnada, pero como os deis un revés en ese puente de raíces vais a ver vosotros al Dios sin Nombre pero en el hospital de Sierrallana! ¡Andando, que ya es de noche!

—¡Eso, eso! ¡A ver si la luna de sangre os va a volver el juicio del todo! —se burló el Trasgo, apareciendo de golpe colgado boca abajo desde la rama de un roble.



Dando un respingo, parpadeamos y volvimos al presente. Este mágico paseo por el bosque de Udías nos dejó una lección grabada a fuego: si no queremos terminar destruyendo nuestra propia casa, debemos recordar que un robledal, un arroyo y una pradera son la verdadera e insustituible fuente de la vida.



La luna llora sangre, Ambato la venera

VIII El nido del águila:

Sangre, sal y piedras vivas en San Antón



Una nao mercante, preñada de hierro y paños, viene dando bandazos, ciega y perdida en la mar de Islares. Es noche cerrada. Una noche sin luna, negra y espesa como la pez.

En lo alto del crestón, una mano robusta, de soldado curtido en mil trifulcas de taberna, arrastra una antorcha y prende una hoguera encendida en la torre de San Antón. Abajo, el capitán, confundido por la silueta del monte Cueto que ensombrece el horizonte, suspira aliviado. Cree que esa luz marca la entrada segura a la ensenada de Urdiales y enfila el timón hacia el fuego. Pero antes de que pueda corregir el rumbo, el rugido del Cantábrico se vuelve blanco. Demasiado tarde.

La quilla se astilla contra los cuchillos de piedra de la Punta del Rabanal y la nave se hace añicos entre los pasmos de la espuma. Arriba, el soldado sonríe entre las sombras. Ya saborea su botín. Bendita luna negra.



Para revivir este magnetismo hay que calzarse las botas detrás de Allendelagua. Al final del siglo XIV, en mitad de las sangrientas guerras de bandos, se levantó esta torre de defensa, más nido de águila que castillo, que hoy vigila el tiempo. La subida se corona en

media hora, pero no hay que engañarse: las rampas se las traen y obligan a hincar bien el riñón. El sendero sube escoltado por una legión de eucaliptos que hoy lo dominan todo.

—Mira que están por todas partes, oye —resopló la Beata, deteniéndose a secarse el sudor con un pañuelo mientras miraba de reojo la pendiente—. Una plaga que no deja respirar a la tierra, ¡Jesús María!

—No os falta razón, mi buena señora —respondió el Caballero de la Lobera, apoyándose en una vara de avellano para mirar el horizonte con mueca medieval—. En mis tiempos, cuando la cordura gobernaba los montes, subíamos aquí a la santa sombra de castaños y hayas imponentes. Pero cambian los siglos y cambian las pestes.

—¡Y que lo digas! —saltó el Trasgo, apareciendo por detrás de un tronco—. ¡Aunque para peste, las luminarias que encendían aquí arriba! Un par de teas bien pringadas de resina y, ¡en un santiamén!, barco al agua y saco lleno. ¡Eso sí que era un espectáculo pirotécnico y no los fuegos de Castro!

—¡Calla la boca, duende zangolotino! —le cortó Doña Virtudes persignándose—. ¡No te alegres del mal ajeno, que bastantes ánimas se tragaría esa mar!

Y con ese resuello guardado, coronamos. El lugar toma nombre de la pequeña ermita de San Antón, cuyas ruinas duermen pegadas a los muros del castillo. Hoy apenas quedan los cimientos y una pared en pie, un lienzo de piedra herido que conserva dos hornacinas y varios huecos misteriosos que desafían la imaginación del caminante.





—¿Para qué serían esas hornacinas? —pregunté, metiendo el objetivo de la cámara por uno de los vanos.

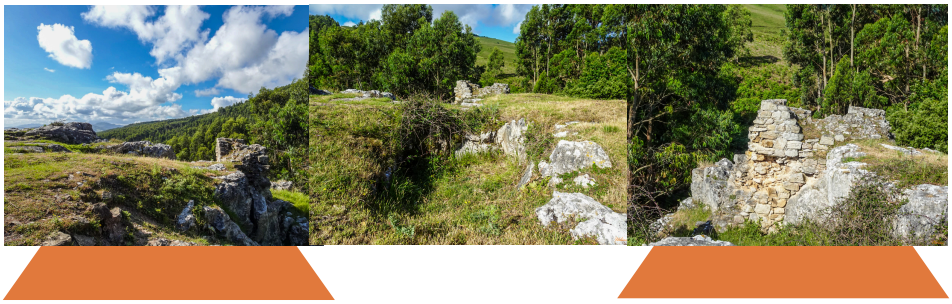
—Para guardar el santo alhaja por el día y la bolsa del estraperlo por la noche —murmuró el Trasgo guiñando un ojo.



Lo que es una certeza es el espectáculo visual: desde este balcón de roca se domina, de un solo golpe de vista, toda la entrada a la ensenada de Castro Urdiales, de este a oeste. Este baluarte no se diseñó para resistir el asedio de un ejército real; su función era mucho más prosaica, oscura y lucrativa: la extorsión, la vigilancia y el expolio de las naos hundidas que ellos mismos provocaban. Quien pasaba por abajo, por tierra o por mar, pagaba el portazgo bajo amenaza de muerte. Así de simple. Así de cruel.

—Viendo estas piedras gastadas por el salitre, a uno se le eriza la piel —dije tocando el muro helado—. Da la impresión de que el miedo de las guerras de bandos se quedó pegado a la argamasa.

—No solo el miedo, Juan Carlos —me corrigió el Caballero, apoyando la mano en el pomo con cabeza de lobo—. Entre el frío de la ruina, estas piedras también emanan las ganas de sobrevivir de nuestra gente. Tiempos duros, sí, pero también de hombres que no se rendían.



Subid al Castillo de San Antón, también mal llamado de los Templarios. Dejaos atrapar por su magia, su historia de pillaje y sus vistas de vértigo.

IX La superviviente de Salcedillo

y la piedra de las tres caras



Comencé siendo apenas un suspiro de caliza, una lasca desgajada en el año 1099 de los tajos de La Garma. Un joven cantero, guiado por la mano de su maestro, me arrastró hasta el taller. Allí dormí durante años, acumulando polvo y esperando un destino que parecía no llegar.

El destino se presentó en forma de encomienda: hacían falta sillares, capiteles y canecillos para labrar un nuevo templo en Salcedillo, a cobijo de un bosque de robles y avellanos, donde los regatos Vinareto y Torcia van a morir al Pas. Nací por necesidad sobre una necrópolis altomedieval, probablemente levantada sobre un antiquísimo lugar de culto al sol y a la luna.



Bajo el cincel, el golpe seco y la paciencia del artesano, cobré vida. Nací singular: tres cabezas de ojos desencajados y mirada penetrante. Me colocaron bien alto, sobre la portada principal de la recién nacida iglesia de Santa Leocadia, con una misión muy terrenal: recordar a quien cruzaba el umbral que los chismes y las malas lenguas no tienen cabida en la casa de Dios. Durante siglos moldee el silencio del pueblo.

—¡Pues menudo trabajazo tenías, majo! —saltó de pronto la Beata, resoplando al llegar a la ruina—. ¡Porque en los pueblos, para callar los chismes, hace falta más que tres caras de piedra!

—Silencio, Doña Virtudes —la atajó el Caballero de la Lobera, pasando los dedos por el musgo de un sillarejo—. Respeta a quien ha visto pasar a los Templarios y a los ilustrados del dieciocho sin perder la postura.



Vi la cabecera románica caer para dar paso a un gran ábside gótico, vi llegar el Barroco y vi cómo esta iglesia sabía remodelarse una y otra vez. Ha sido un ejemplo vivo de resistencia en un mundo donde hasta los mayores imperios terminan desmoronándose. Más de ochocientos años dando esquinazo al olvido para mantenerse bella y cálida para sus feligreses.

Pero el girar del mundo no perdona. Cuando se construyó la nueva parroquia, el final llegó de golpe. Llegaron los cazadores de reliquias y el pillaje. La gente del pueblo, en un acto de amor a su patrimonio, luchó por salvar lo que quedaba trasladando la pila bautismal y la venerada imagen de madera de Santa Leocadia.





—¡Poca vergüenza y poco arrepentimiento veo yo en los zurrones de los que arramplaron con el resto! —protestó la Beata, persignándose ante el lienzo arruinado.

—El tiempo no destruye lo que se recuerda, mujer —le replicó el Trasgo, encaramado a una de las hornacinas vacías—. Mira a tu alrededor. Si las piedras hablaran...



Y tanto que hablamos. Vi desaparecer a mis compañeros de piedra, troceados o vueltos escombros. Yo usé la artimaña de los viejos robles y me dejé tragar por la maleza. Preferí la penumbra antes que terminar embutido sin gloria en el muro de un corral. Hasta que, al levantar la nueva espadaña, encontré mi bastión definitivo: pasé a soportar el peso de uno de sus brazos, mirando de frente al sur, regalándome las mejores vistas del valle.



La espadaña se quedó a solas con el viento, y una pareja de colirrojos tizones hizo nido a mi lado mientras la hiedra me tejía una cama mullida. Y en estas estábamos cuando, el otro día, escuché unos pasos sobre las hojas secas. Un crujido, el encuadre de un objetivo y el chasquido de una cámara.

—Míralo —pensé desde mis tres rostros al ver a Juan Carlos rastreando la ruina entre los matojos—. Ocho siglos aguantando a caballeros, canteros, párrocos y buscadores de reliquias... para que venga este a hacerme un retrato. Pero bueno, al menos no trae cincel en el saco. Vamos a poner cara de canecillo importante.

—¿Ves, Doña Virtudes? —le susurré yo a la Beata, guiñándole un ojo mientras bajaba la cámara—. Hay piedras en Salcedillo con más pellejo y retranca que la mitad de los concejos de la marina.

—¡Jesús, María y José! —resopló ella desde la linde del bosque, limpiándose una lágrima de orgullo disimulada—. ¡No cabe duda de que este canecillo ya es de la Comunidad del Bardal.





Nosotros le dejamos descansar. Si vas a Salcedillo, haz tú lo mismo.

El Castillo sin batallas

y la maldición de la Noche Eterna



Antes de pisar las almenas de la costa, veníamos de patear entre la maleza de Serdio, buscando los restos caídos de la iglesia de San Julián. Allí, entre el polvo de las ruinas y la hiedra, todavía resuenan los versos que nos cantó una vecina al vernos rastrear la piedra: «*Este pueblo que ha nacido de la villa de Carrasquedo, que por una inmensa quema le quedó de nombre Serdio...*».

Fue precisamente ahí donde una sombra se recortó contra los sillares gastados. No era el viento. El Caballero de la Lobera aguardaba agachado junto al viejo altar, y su voz resonó con el eco de los siglos:



—No busques esta verdad en los libros de los hombres, Juan Carlos, sino en la memoria de esta piedra —murmuró señalando la tierra—. Cuando el siglo XVII hería a su fin y el olvido se tragó San Julián, se perdió un manuscrito sagrado. En sus páginas se ocultaba el único conjuro para liberar a San Vicente de la Barquera de **la Noche Eterna**. Ven a la costa y entenderás por qué se nos agota el tiempo...

—¡Madre mía de la Encina! —saltó la Beata persignándose y apretando el paso—. ¡Poco nos faltaba ya! ¡Entre los misterios del mar del Caballero y las trastadas de este duende, no ganamos para sustos!

—¡Bah, misterios a mí! —se burló el Trasgo dando una voltereta sobre un matorral—. ¡Si ese papel seguro que se lo comieron los ratones de Serdio o sirvió para encender la leña de algún concejo!

Y así, con la duda quemándonos los talones, bajamos a la marina.



Desde el siglo VIII lleva el Castillo de San Vicente, fortaleza colgada sobre la roca viva, mirando impasible cómo pasan los reyes y las mareas. En sus orígenes, bajo Alfonso I, no fue más que una trinchera de madera para guardar la ría, levantada sobre una necrópolis altomedieval de tumbas antropomorfas talladas en la mismísima peña. Hubo que esperar al siglo XIII para que Alfonso VIII mandara alzar los imponentes muros de piedra que hoy contemplamos.

Lo insólito de este Castillo del Rey es que es una fortaleza invicta: jamás sufrió un asedio, ni una sola catapulta quebró sus almenas. Su sola presencia infundía tal pavor que nadie osaba desafiarlo. Era la casa del monarca, y en aquellos tiempos mirar de reojo esa torre equivalía a una



sentencia. Así se mantuvo el terror señorial hasta que en 1444, el rey Juan II otorgó la gestión directa del baluarte a la propia Villa.



Pero el destino tiene su retranca. En el siglo XVI, el orgullo del castillo se tiñó de sombra y se convirtió en una prisión sin celdas. Los penados se hacinaban en los bajos de las torres, sufriendo una humedad atroz provocado por la salobreja y un viento del norte que se filtraba cortante por las saeteras. Una auténtica antesala del infierno.

—¡Jesús, María y José! —resopló la Beata ajustándose el pañuelo mientras cruzábamos el patio de armas—. Menos mal que no nos tocó en esa época, Juan Carlos, que con este reuma mío y este aire de la ría, no gano yo para friegas de alcohol de romero.

—Pues peor lo tenían los piratas y los cuitados que encerraban aquí —añadió el Trasgo, asomando la cabeza por un vano de piedra—. ¡Poca sopa y mucha corriente!



Y es que hoy, al cruzar el umbral, la desilusión te da un pequeño pellizco. Cuando uno visita un castillo medieval, la mente vuela sola: imaginas damiselas en las

almenas, caballeros a galope y olor a tea quemada... Pero aquí la fantasía tropieza con la modernidad. Lo han convertido en un museo pulcro, con sus exposiciones y focos modernos. Quedan las piedras gritando su historia, sí, pero el envoltorio es aséptico. Falta el alma, faltan los estandartes y el tizón de la hoguera.



A pesar de todo, el Caballero de la Lobera camina a mi lado sin mirar las vitrinas de cristal. Él mira a través del tiempo y retoma la sentencia de Serdio:

—Mira estas mazmorras, compañero. Escuchas el agua lamer la peña, ¿verdad? Yo, que sufrí el rigor de los presidios en Tierra Santa, te digo que no hay peor condena que esta roca viva. Aquí se padece **la Noche Eterna**. Cuando la marea alta sube y el frío del Cantábrico inunda las celdas, los lamentos de los presos que aquí perecieron se filtran por los cimientos. Sus almas quedaron encadenadas al vaivén del mar porque el manuscrito de San Julián jamás apareció. Dime si no se te hiela la sangre al ver cómo el agua abraza estos muros...

Miré a la mar de San Vicente, miré la piedra helada y guardé la cámara en la mochila. El manuscrito sigue oculto, el castillo calla su secreto y la ría continúa meciendo sus mitos.



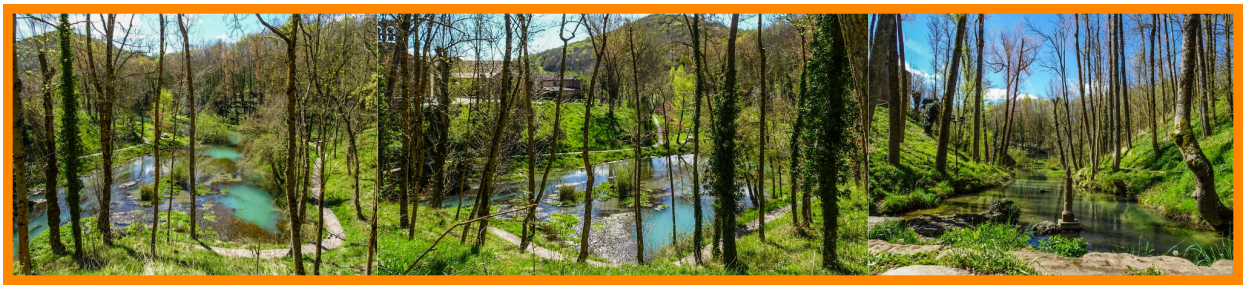
La Comunidad del Bardal recoge los bártulos y aprieta el paso por los caminos de la tierruca, buscando esa verdad que los hombres olvidaron... antes de que la noche nos alcance.



Muros que gritan guerra, ánimas en la noche eterna y un mar que les devuelve paz.

XI El ritual de las aguas:

Fontibre antes de los templos.



La Comunidad del Bardal ha activado su máquina del tiempo particular para asomarse a Fontibre cuando el mundo aún era salvaje: cuando la Luna era Diosa, el Sol un Dios y las aguas el alma viva de la tierra. En aquellos días, el tiempo no lo marcaban los relojes, sino las primeras luces del alba y las sombras recortadas de la noche.



Imaginad la escena: niebla cerrada acariciando la hierba y ese murmullo hipnótico del agua brotando, pura y constante, desde las profundidades. Para los antiguos cántabros esto era pura magia: sin nieve que se funda a la vista ni río que llegue de fuera, el agua simplemente naciendo de un Mundo Escondido.

Un anciano druida, cubierto con su sayón de ritual, sostiene un cayado de roble mientras lanza hojas de tejo al manantial. Su voz ronca apacigua a los dioses antiguos. Tras él, los hombres y mujeres de la tribu se acercan con reverencia, depositan sus

humildes ofrendas y sumergen las manos en el chorro helado. Necesitan ese contacto físico, fundirse con la vida misma para llevarse la salud y el favor del bosque.





Hoy preside el lugar una imagen de la Virgen del Pilar, pero los viejos dioses, esos mismos que hacen que el río Híjar se trague la tierra para renacer aquí mismo, aún vigilan desde la penumbra de los fresnos.

El Caballero de la Lobera contempla el borbollón de agua con los brazos cruzados y la mirada perdida. Él, que conoció las Cruzadas y se cansó de ver sangre derramada en nombre de poderes que solo buscaban obediencia, sentencia con amargura:





—Fíjate bien, Juan Carlos. Aquí no hacían falta ejércitos ni estandartes para tocar lo sagrado. Al final, en las guerras siempre mueren los mismos: los que solo querían que el agua siguiera brotando para sus hijos. El poder es ambición de los hombres, pero la magia... la magia siempre fue del agua.

—Una pena, Caballero —le respondí con la rabia contenida al recordar la historia—. En las guerras solo deberían luchar los reyes, dictadores y jefecillos que las provocan por puro afán de control. Pero esos nunca pisan el barro; se esconden tras sus vasallos y los



mandan a morir. ¡A todos esos los metía yo en una jaula a repartirse bofetadas entre ellos y dejaba en paz a los pueblos!

—¡Eso, eso! ¡A la jaula con ellos! —saltó de pronto Trasgo, dando un brinco desde la copa de un fresno—. Aunque para bofetadas, las que le voy a dar yo a las meriendas de los turistas. ¡Mira, Doña Virtudes, ya le he escondido la servilleta y la empanada al del chándal fosforito!

—¡Jesús, María y José, demonio de criatura! —protestó la Beata persignándose a toda prisa y lanzándole un zapatillazo que casi frena en el cauce—. ¡Deja a los cristianos merendar en paz y respeta el lugar, que estás en el nacimiento del Ebro! ¿Es que no

tienes ni un ápice de devoción?

—¿Devoción? ¡Si yo ya estaba aquí cuando el del sayón tiraba hojas de tejo! —se burló el Trasgo haciéndole una mueca desde una raíz retorcida—. Y le gustaban más mis chanzas que tus rosarios, ¡amargada!

—¡A mí no me llames amargada, duenducho de retama, que le pido a la Virgen del Pilar que te mande una ráfaga de viento norte que te lleve del tirón hasta la desembocadura en Tortosa!

Da igual que encontréis Fontibre cubierto de nieve o vestido de verde prado. El paseo es corto, pero la fuerza que arrastra este caudal hasta el Mediterráneo nace aquí mismo, entre ritos olvidados, susurros de tejo y el silencio de la piedra viva. Cuando vayáis de visita, haced una foto o una reverencia como pequeña ofrenda al agua y respetad el entorno... no vaya a ser que los viejos dioses —o el Trasgo— os estén vigilando desde las sombras



El Druida pone la ofrenda, el pueblo el sentimiento y el agua la vida

XII El Secreto del Corral de los Moros



Corría el siglo V y en el Castro de la Encina la nieve caía sobre los peñascos con ganas de sepultar hasta el último murallón. Los guardias tiritaban tras la empalizada mirando al abismo gris del desfiladero, cuando el vigía soltó el alarido:

—¡Invasores a la vista!

—¡Encended la hoguera de aviso! —rugió el capitán Pelayo—. ¡Que nos vean desde todo el valle!

Pero las peñas de Pendes no entienden de obediencias militares. Justo al prender la primera chispa, el risco soltó un fuelle atronador. Un ventarrón infernal convirtió la hoguera en un torbellino salvaje de fuego, ascuas y piedras desmoronadas. Pelayo y sus hombres salieron volando hacia el vacío en medio de un remolino dantesco, sin poder avisar a nadie. El fortín quedó en ruinas para siempre... aunque dicen en el pueblo que cuando aprieta el temporal en el Corral de los Moros, esos aullidos entre las peñas no son del aire, sino los lamentos de los centinelas intentando encender su fuego una vez más...



—Pues menos mal que hoy no sopla esa ventisca, Pelayo de mis carnes —suspiró la Beata, persignándose nada más coronar el alto con el resuello a punto de entregarse a los santos—. Aunque para apuro, el de mis riñones subiendo esta cuesta tan pindia. ¡Casi me quedo por el camino para hacerle compañía a las ánimas del castro!

—¡Calla, Beata, y contempla! —la atajó el Caballero de la Lobera, ajustándose la visera con aire de estratega militar—. Un buen hidalgo no mira la fatiga del camino, sino la grandeza de la plaza. ¡Estamos en el centro de un anfiteatro inexpugnable!



No le faltaba razón al hidalgo. Nada más coronar el mirador de Los Moros, nos salió al paso un majestuoso quebrantahuesos. Nos regaló un planeo perfecto de 360 grados sobre nuestras cabezas, como quien firma el cielo y nos dice con guasa: «Admiren ustedes, Bardaleros, porque no van a ver un espectáculo igual en toda su vida».





¡Y qué razón tenía el pajarraco! Da igual a dónde mires: el castro domina un círculo soberbio de cumbres sobre la fronda fértil y verde de Liébana. La función la dirige

con mano de hierro la Peña Ventosa, auténtica Reina Roca de la comarca, a la que su manada de cuetos y peñascos arropa sin que a ella le haga falta presentación ni escolta. Y allá abajo, como vasallos atentos, Pendes, Cabañes, Colio, Viñón, Cobeña e incluso Lebeña al fondo, miran al coloso con auténtica devoción.





—Mucho castillo y mucho buitre señoril —refunfuñó la Beata mirando hacia el hondo—, pero a mí lo que me pide el cuerpo es bajar a ver qué tal le va al Castaño de Rioz con sus parientes milenarios en el Habario. ¡Que entre tanto risco se me van a quedar los pies helados!

—Beata, deja ya los quejidos y mira a tu alrededor —intervino una voz extrañamente serena —. En este Castro se respira historia y sentimiento. Ni ruidos, ni luces, ni tubos de escape; solos tú y el viento del norte. En este lugar se te mete en los huesos la...

En ese preciso instante, el Trasgo, con una sonrisa de oreja a oreja, levantó sus brazos al cielo, tomó todo el aire que le cupo en el pecho y lanzó un grito como nunca antes le habíamos oído:

—¡¡LIBERTAD!!





El grito resonó de cueto en cueto, posándose en los valles convertido en una canción dulce y melódica, más propia de una Anjana que de aquel Trasgo dicharachero y zascandil que todos conocemos. La magia del Castro lo puede todo.

Hay sitios bonitos, los hay espectaculares... y luego está el Castro de la Encina. Perderse aquí es sentir la naturaleza y esa sensación de libertad retumbando dentro de ti.

Epílogo: El camino continúa

Durante doce capítulos hemos tratado de aproximaros a doce rincones mágicos, todos ellos espectaculares. Os los hemos contado desde el humor, el sentimiento y con los ojos de la curiosidad, el afecto y el respeto; y también a través de los cristales de una cámara dispuesta a atrapar el alma del paisaje.



Desde castillos con encanto o encantados hasta los ritos de Ambato, el permiso del guardián del Erecia o la dulce Aragonte, hemos sentido el viento que habla latín y ya no podremos olvidar nunca la piedra de las tres caras.

Y así, dejando atrás los fantasmas del viento y el planeo del guardián del aire, La Comunidad del Bardal descansa un instante mientras prepara nuevos objetivos y nuevas rutas que estaremos encantados de mostraros... si así lo queréis.



Las sendas se acaban, pero las leyendas, la historia y la libertad caminan siempre a nuestro lado.